

# ASCENSO

EL RELATO QUE corre por ahí de los antecedentes y de lo que luego pasó es falso; ha sido desvirtuado sin remedio por intervención de las esposas de los mitógrafos y no es utilizable. En cambio, la verdad sobre el famoso episodio central, aunque circule deformado también, siempre la han conocido unos cuantos humanistas, en parte por transmisión oral, en parte por intuición, en parte por experiencia, pero hasta ahora nadie se ha decidido a ponerla por escrito. Aquí está.

Él siempre tuvo, o se figuró tener, motivos para tratar a su mujer con ciertos miramientos, y estaba bien dispuesto a llevar adelante este proceder, tal vez durante una existencia entera (la metempsychosis ofrecía consuelo). Cuando sobrevino el accidente, se simplificó todo. El viudo, sin embargo, cuya tendencia a enredarse la vida nunca estuvo en discusión, concibió entonces un típico plan suyo.

Estaba, por un lado, su afición a las empresas improbables; por otro, la perspectiva de ganar algún dinero, siempre necesario, escribiendo la narración de la aventura que iba a emprender, y aun poniéndole música, en caso de que lograse su desmesurado propósito. El hecho es que dejó pasar varios días antes de levantarse. Una cosa es ser decidido, otra ser irreflexivo.

Adoptó la máscara de la desolación, que ya en aquellos tiempos había probado su eficacia. Para ser francos, todo resultó de una simplicidad desconcertante, al grado de que mientras esperaba en el severo vestíbulo vacío del mundo subterráneo que le trajesen a la difunta, para volver con ella a la superficie de la vida, pensaba ya en los riesgos y sustos ficticios que estaría forzado a intercalar en su crónica, a fin de volverla creíble.

Escuchó las fáciles condiciones del reino de los muertos: no volver la cabeza ni pronunciar palabra mientras no hubieran desembocado a cielo descubierta. De lo contrario, ella se esfumaría para siempre. Supuso que lo del silencio sería aplicable a su mujer también. Firmó el papel y las copias de varios colores, dio las gracias con perfecta cortesía y emprendió la marcha ascendente, seguido de la esposa, a quien imaginó en tal coyuntura como una crisálida adormilada y eternecida.

No bien sonó la puerta al ser cerrada detrás de ambos, buscó maquinalmente los cigarrillos; fue una desagradable sorpresa palpar que sólo quedaba uno. En el momento en que decidía reservárselo, ella empezó a hablar a sus espaldas.

—Güevón pocamadre, ya podías haber bajado antes por mí, ¿no? Qué habrás estado haciendo, sin vergüenza.

Él casi sonrió. Así que sería ella la primera en escucharle el relato de las peligrosas dificultades que había comenzado a inventar. Cuando menos no le faltaba soltura, desde el noviazgo, en ciertos géneros indispenables de engaño.

—Como me entere yo de que anduviste de pachanga con viejas, van a ver cómo les va, a ellas y a ti.

## JUAN ALMELA

El camino no era largo; tampoco fácil. Pésimamente alumbrado, resbaladizo en parte, siempre tan empinado que imponía precauciones constantes.

—Ustedes los hombres, dichosos y contentos entre la bola de pirujas. Un día voy a caerme en la oficina y a ponerlas en su lugar.

La tensión del ascenso ayudaba por lo menos a no atender demasiado a las imprecaciones de la resurrecta.

—Traigo el dolor de la garganta en grande. Y, claro, habrás olvidado mis pastillas. Pero con tu chingadera esa sí que cargaste, que hasta parece que naciste con ella.

Él oprimió la lira con leve crispación.

—Y, total, no te sabes una pinche tonada que valga la pena. Puras cosas raras, para tocarlas con tus amigos mientras toman. ¿Qué no trabajan, no tienen otra cosa que hacer? Pobres familias, las suyas.

Peldaños traidores, bañados en cieno triste. Pensó, con preocupación, qué haría si la oía resbalar a sus espaldas, caer quizá. Pronto comprendió que ella subía sin esfuerzo, por dispensa especial. De haberlo sabido, habría tenido que agradecerlo también a los de allá abajo, tan previsores de todo.

—Me supongo que no abrirías el ropero; ya sabes que se descuelga la puerta y es un lío volverla a poner.

Ella no mencionaba su accidente mortal. Ya le serviría de insuperable pretexto para lamentarse. Pero todavía no. Necesitaba primero enterarse de la versión de los vecinos, para buscar algún modo de echarle la culpa a él.

—Cochinadas que habrás comido estos días. Vas a agarrar amibas. Siquiera que no habrás gastado mucho gas, porque está carísimo.

Al mismo tiempo que el túnel se hacía casi horizontal y más ancho, lució a lo lejos el resplandor del día y llegó un ligero soplo fresco. Él apretó el paso, sin advertirlo.

—Ahora va a ser una friega regresarnos hasta casa. Hace frío y no me trajiste nada para abrigarme. Y tú mira nomás qué manto fuiste a ponerte, el más viejo y el que más me choca. Llegando lo voy a dar, porque es una vergüenza que lleves cosas así.

Él se detuvo de pronto. Entornó los párpados.

—Ajá— articuló con lentitud, en su voz tracia pero clara.

Un rumor le hizo mirar de nuevo al frente, sobresaltado. Un vigilante presuroso, surgido de quién sabe dónde, venía a su encuentro, mano alzada por delante.

—Caballero, por favor conténgase. Se le advirtió que no fuera usted a decir nada. Como su emoción es comprensible, tengo instrucciones de perdonarle por esta única vez el haber dicho "ajá". Pero que no se vuelva a repetir, y sobre todo no se vaya a dar la vuelta. Piense

en la señora y siga con cuidado, sin ponerse nervioso. Vea, en pocos minutos estarán afuera.

Al continuar marchando, ella guardó silencio, escarmentada en apariencia. Sólo que él andaba despacio, cada vez más despacio, impasible, con ojos fijos muy abiertos. A poca distancia de la salida se detuvo otra vez. Sujetando la lira con una mano, sacó el cigarro con la otra y se lo puso en los labios. El encendedor. Durante un largo momento fumó, con la mirada clavada en la porción de una nube blanquísima que ocupaba un lado del boquete irregular, azul. Al oír que su esposa, molesta, resoplaba por las narices, reanudó el

Juan Almela

lento avance. Notó de pronto que Eurídice iba murmurando algo enrevesado y procuró no entender, sólo ver cómo crecía la nube. Faltaban unos pasos nada más. Sin quitar la vista de las dos hermosas siluetas recortadas frente al cielo, el vigilante del mundo de los muertos inmóvil en una grieta de la roca, esperaba con impaciencia el doble clic de su detector.

—...y ya me imagino el montón de ropa sucia...

Orfeo giró sobre sí mismo.

—...el jabón...

## La vida (a)leve

### EL ESPÍRITU

Lo que he tenido que decir sobre la pintura de Diego Rivera ya lo escribí hace muchos años, cuando combatí el muralismo. También ya he relatado las circunstancias que rodearon a mis breves encuentros con su persona. Ahora hago esfuerzos por recordar algo que sea inédito. Me han preocupado tanto estas cuartillas que he tenido a Diego muy presente durante la última semana. Incluso anoche soñé con él: aparecía un Diego Rivera minúsculo, que trabajaba en un rincón de mi estudio. No medía más de veinte centímetros y permanecía por horas encaramado en un andamio pintando unos muralitos en una de las paredes de mi cuarto de trabajo. Pedía yo a las muchachas le llevaran de comer y advertía que era peligroso estuviera la puerta abierta, pues bien podía entrar uno de los gatos y atacarlo. El pequeño Diego Rivera, por su tamaño, me resultaba inofensivo, aunque a veces montaba en cólera y daba gritos que sólo eran escuchados por los que nos encontrábamos muy cerca de él. Al despertar, me pareció que Diego se iba inflando y creciendo hasta alcanzar proporciones descomunales. Entonces lo recordé cuando estaba dirigiendo la ejecución de los murales en mosaico del teatro de los Insurgentes. Yo era muy joven y me acerqué a él. Me miró con ferocidad y se acomodó la pistola. Me intimidé y ya no pude decirle lo que me hubiera gustado decirle. Unos años después, ya muerto Diego, me encontraba en su casa de Altavista en una cena a la que fui invitado por su hija Ruth. Todos los invitados ya han fallecido. Por lo menos a aquellos que recuerdo: Celestino Gorostiza, Carlos Orozco Romero, Rosa Covarrubias, el doctor Marín y su esposa, una poetisa centroamericana, etcétera. Evoco: estos dos me callan cuando yo me encuentro conversando con Gorostiza, que en ese entonces era director del Instituto Nacional de Bellas Artes. El doctor Marín, ebrio, saca la pistola y me amenaza con dispararla. Su mujer, igual de borracha, lo anima para que lo haga. Yo, inmóvil, veo la pistola que se acerca y se detiene a unos cuantos centímetros de mi frente. El doctor Marín le reprocha a su sobrina Ruth que me haya invitado. Que yo no debo estar ahí, en la casa de Diego Rivera. Cunde el pánico y todos los invitados se escapan. Sólo Celestino permanece a mi lado y trata de convencer al irascible doctor que no vaya a cometer una tarugada de la que se arrepentirá por el resto de su vida. Su esposa, en cambio, le dice que dispare. Ruth implora a su tío se calme. El doctor Marín, mirándome a los ojos y sin dejar de apuntarme, no deja de hablar de Diego Rivera. Habla de Diego Rivera como pintor, como hombre público y como miembro del Partido Comunista, al que había reingresado después de haber sido expulsado por su amistad con Trotsky. Por lo visto, el doctor Marín quiere que antes de mi muerte me entere de la enorme importancia de su cuñado. Parece ocupar una tribuna y su perorata se hace infinita. Habla del Diego que conoció en Guadalajara antes que se casara con Lupe, una de las hermanas Marín. El discurso dura cerca de una hora, y en breves pausas logro escuchar a Celestino pidiéndole guarde la pistola. A veces observo que mi agresor está a punto de perder el equilibrio. Pero, entonces, la mujer se le acerca y le sostiene la mano armada pidiéndole accione el gatillo. Yo estoy a punto de desvanecerme. Miro hacia la derecha y veo el enorme retrato de Lupe Marín con sus manos enormes. Es un buen cuadro, no cabe duda. Pienso que esa noche es la de mi muerte y que ésta llegará en la casa de Diego Rivera, a quien tanto he atacado en mis artículos de «México en la Cultura». Recuerdo la tarde que me enteré del fallecimiento de Diego. Fue un día de noviembre de 1957 en el taller de Falcon Press de Filadelfia. Estaba yo ahí para iniciar las ilustraciones de un libro sobre Franz Kafka. En un periódico que estaba sobre una mesa supe del desenlace. Me impresionó mucho. Dibujé incluso la cara de Diego Rivera. Entregado a mis recuerdos personales no escucho al doctor Marín, que continúa su conferencia sobre Rivera. Vuelvo a la realidad para enterarme que él y su hermano, también médico, se iniciaron en la escultura por iniciativa de su cuñado. Pienso en las esculturas de los hermanos Marín y creo que el arte mexicano no debe agradecer a Diego que llevara a sus parientes políticos por esos caminos. Me gustaría decirselo, pero estoy demasiado asustado con esa pistola que continúa apuntándome. El doctor se aproxima y veo que cierra los ojos. La borrachera ya no le permite sostenerse en pie y cae sobre el sofá entre Gorostiza y yo. Una bala se escapa, destruyendo un ángel colonial. El jefe de Bellas Artes se apodera de la pistola. La esposa del doctor se abraza a su marido y se queda dormida sobre él. Gorostiza y yo salimos del cuarto y todavía escucho los ronquidos de la pareja de ebrios. Ruth Rivera nos acompaña hasta la puerta de la calle. Es una noche de invierno y hace mucho frío. Gorostiza ofrece su auto para llevarme a mi casa. Mientras avanzamos por Insurgentes hacia la Colonia del Valle, Gorostiza me comenta que al doctor Marín se le había metido el diablo y de ahí su inusitada conducta. Yo, recordando al Diego belcoso que disparaba contra los choferes de camión, le contesté: «No se le metió el diablo como usted dice, don Celestino. Al doctor Marín se le metió el espíritu de Diego Rivera.»

José Luis Cuevas